# JUDEOCRISTIANOS

## ¿Una historia sesgada?

Emilio Lospitao

Edita: Nuevos Paradigmas

Web:
https://paradigmanuev.wordpress.com/

ÍNDICE

PRÓLOGO

I Introducción

II Surgimiento de Saulo de Tarso

III El Concilio de Jerusalén

IV Los de la circuncisión: Contexto

V Los judeocristianos: Creencias

VI Los judeocristianos desde la perspectiva de los autores del NT

VII Desprestigio, incoherencias y guerra abierta

VIII Constantino I y Teodosio I

IX El Nuevo Testamento en clave bipartidista

X Judeocristianismo sin Pablo

XI Tres hitos históricos doctrinales evolutivos

XII Cuestiones finales: Antítesis

CONCLUSIÓN

# PRÓLOGO

El presente trabajo se propone explorar el papel fundamental desempeñado por los judeocristianos durante los primeros años de la Iglesia, prestando especial atención a su decisiva contribución a la configuración de las primeras formulaciones teológicas del cristianismo. Lejos de constituir un mero episodio transitorio en el proceso de consolidación de la nueva fe, las comunidades vinculadas a la tradición judía representan una de las raíces esenciales desde las que surgió y se desarrolló el cristianismo primitivo.

A través de un recorrido crítico por las fuentes neotestamentarias, se examinan asimismo los sesgos, tensiones y controversias que atraviesan sus relatos y que, en determinados pasajes, proyectan una imagen reductora o incluso despectiva de las posiciones judeocristianas. Tales representaciones, condicionadas por los conflictos internos de las primeras comunidades, pueden haber contribuido a oscurecer la riqueza y complejidad de unas convicciones que se encontraban todavía estrechamente vinculadas al universo religioso del judaísmo.

La investigación aborda, por tanto, las tensiones surgidas entre las distintas corrientes que confluyeron en el movimiento cristiano naciente: por una parte, quienes permanecían ligados a las tradiciones, prácticas y expectativas del judaísmo; por otra, los nuevos creyentes procedentes del mundo gentil. En este escenario de encuentro, pero también de conflicto, fue tomando forma una progresiva transformación de las categorías teológicas con las que se interpretaba la figura de Jesús y su significado para la comunidad creyente.

Dentro de este proceso adquiere particular relevancia la figura de Saulo de Tarso, conocido como el apóstol Pablo. Su pensamiento introduce una profunda relectura de la muerte de Jesús en la cruz y contribuye decisivamente a desplazar las expectativas mesiánicas heredadas del judaísmo hacia una nueva comprensión de la salvación, de la Ley y de la relación entre judíos y gentiles. Más que un simple cambio doctrinal, nos encontramos ante una transformación de horizonte que tendría consecuencias decisivas para el posterior desarrollo del cristianismo.

Finalmente, el trabajo se aproxima brevemente a algunas de las principales perspectivas teológicas desarrolladas durante los siglos XX y XXI. Los nuevos métodos históricos, críticos y hermenéuticos han permitido revisar interpretaciones tradicionales, cuestionar determinadas lecturas simplificadoras y recuperar, con mayor rigor, la pluralidad y complejidad que caracterizaron los orígenes del movimiento cristiano.

Con este recorrido se pretende contribuir a una comprensión más crítica de los primeros pasos del cristianismo, restituyendo en la medida de lo posible la importancia de su matriz judeocristiana y mostrando que sus orígenes estuvieron lejos de constituir un proceso

lineal y homogéneo. El cristianismo nació en medio de un complejo entramado de continuidades, rupturas, conflictos e interpretaciones diversas; comprender esa pluralidad inicial resulta indispensable para entender tanto su posterior evolución teológica como las sucesivas reinterpretaciones de su mensaje a lo largo de la historia.

El Autor

# I. INTRODUCCIÓN

La destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C. por parte de las legiones romanas al mando de Tito Flavio tuvo consecuencias devastadoras no solo para el judaísmo en general, sino también, especialmente, para los cristianos radicados en Judea.

Según Eusebio de Cesarea, los judeocristianos huyeron de Jerusalén antes del asedio, refugiándose en la ciudad de Pella, en la región de la Decápolis (hoy Jordania). La huida marcó una separación geográfica y simbólica entre los judeocristianos y el judaísmo centrado en el Templo.

La destrucción del Templo y de Jerusalén debilitó profundamente al judeocristianismo, que mantenía un fuerte vínculo con las instituciones y prácticas judías. Privados del significado que habían tenido el Templo y la ciudad, estos grupos comenzaron a perder influencia frente al cristianismo de orientación paulina, que promovía una fe desvinculada de la observancia de la Ley mosaica. Este hecho aceleró la transición hacia un cristianismo más gentil y universalista.

Tras la destrucción del Templo, el liderazgo religioso del judaísmo fue asumido por los rabinos fariseos, que comenzaron a reorganizar la religión sobre bases textuales y legales, prescindiendo del culto sacrificial. En este nuevo contexto, los judeocristianos fueron cada vez más rechazados por causa de su apología cristiana.

Los hagiógrafos cristianos, años después, reinterpretaron la destrucción del Templo como un castigo divino por el rechazo a Jesús como el Mesías. Esta lectura teológica, presente en los Evangelios sinópticos y más desarrollada en la literatura patrística, fortaleció la legitimidad del cristianismo como el verdadero heredero del plan divino, en contraposición al judaísmo rabínico.

Con la pérdida de Jerusalén, el judeocristianismo dejó de estar vinculado a un centro geográfico y nacional específico. Ciudades como Antioquía, Éfeso, Corinto y, especialmente, Roma, emergieron como nuevos focos de liderazgo y difusión de la fe como consecuencia de la activa misión de las iglesias gentiles paulinas. Este nuevo enfoque de la fe, al margen de la Ley mosaica, facilitó la expansión del cristianismo como una religión no circunscrita al judaísmo, abierta a todas las naciones.

No hay ninguna duda de que la caída de Jerusalén en el año 70 d. C. fue un punto de inflexión en la historia del cristianismo. Significó el fin del judeocristianismo como corriente dominante, la ruptura definitiva con el judaísmo y el inicio de la expansión global del cristianismo gentil. A través de esta crisis, el movimiento cristiano redefinió su identidad, su teología y su misión, alejándose cada vez más de sus raíces judías y consolidándose como una nueva religión en el mundo grecorromano.

Tras la huida de Jerusalén —a Pella y otros lugares—, los judeocristianos mantuvieron una fe en Jesús como Mesías, pero siguiendo la Ley de Moisés, incluyendo la circuncisión, el sábado, las fiestas y las normas alimentarias. Esta fidelidad los distinguía tanto del judaísmo rabínico como del cristianismo paulino.

Subsistieron en regiones como Siria, Transjordania, Arabia, Asia Menor y Egipto.

Con el tiempo, los judeocristianos se dividieron en varios grupos:

**–Nazarenos:** aceptaban a Jesús como Mesías, pero mantenían la Ley; eran considerados heréticos tanto por los rabinos como por los cristianos gentiles.
**–Ebionitas:** negaban la divinidad de Jesús, sostenían una cristología adopcionista y rechazaban a Pablo como apóstata.
**–Elkesaitas:** grupo sincrético judeocristiano con influencias esotéricas y gnósticas.

A partir del siglo II, los judeocristianos fueron marginados tanto por el judaísmo como por la Gran Iglesia cristiana. Padres de la Iglesia como Ireneo, Orígenes y Eusebio los describieron como herejes. Su influencia fue menguando y prácticamente desaparecieron hacia el siglo IV, absorbidos o disueltos.

El cristianismo gentil, liberado de la Ley mosaica gracias a la teología paulina, se expandió por el Imperio romano. Se organizaron iglesias locales con obispos, presbíteros y diáconos. Se elaboraron reglas de fe y listas canónicas de libros sagrados. Aumentó el uso de lenguas grecolatinas y se formaron las primeras teologías sistemáticas, representadas por autores como Justino Mártir, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría.

**La desaparición progresiva de los judeocristianos**

Tras la destrucción del Templo, el judeocristianismo sobrevivió, pero en condiciones cada vez más precarias.

–A finales del siglo I, en las sinagogas se incorporó la *Birkat ha-Minim*, una oración contra los herejes, entre ellos los cristianos, lo que los excluyó formalmente.

–Con la expansión del cristianismo gentil, liderado por figuras como Ignacio de Antioquía, las prácticas judías fueron desapareciendo del hasta entonces cristianismo dominante.

–La segunda gran revuelta judía contra Roma llevó a la persecución de los judeocristianos, quienes rechazaron reconocer a Bar Kojba como Mesías, lo que provocó su persecución tanto por judíos como por romanos.

–Algunos grupos judeocristianos, como los nazarenos y ebionitas, continuaron existiendo en los siglos siguientes, pero fueron marginalizados por la Iglesia paulina, ya mayoritaria.

**El cristianismo gentil rompe definitivamente con el judaísmo**

A finales del siglo II, el cristianismo ya era predominantemente gentil y tenía una identidad separada del judaísmo. La teología paulina de la "justificación por la fe" prevaleció sobre el mantenimiento de la Torá que defendían los judeocristianos.

En cuanto a la organización, la Iglesia adoptó una jerarquía episcopal más formal, distinta de las sinagogas judías. Los Padres de la Iglesia, como Justino Mártir y Orígenes, criticaron duramente a los judeocristianos, reforzando la separación.

La comunidad judeocristiana fue el núcleo original del cristianismo, pero su desaparición progresiva después del año 70 d. C. se debió a múltiples factores: la destrucción del Templo, la marginación dentro del judaísmo por la aceptación del mesianismo de Jesús de Nazaret, la expansión del cristianismo gentil y la consolidación de una identidad cristiana separada de la Ley mosaica.

Para el siglo IV, el cristianismo ya era una religión mayoritariamente gentil y con muy poca relación con sus raíces judías.

---

# II. SURGIMIENTO DE SAULO DE TARSO

### 1. La persona de Saulo de Tarso

Saulo de Tarso —conocido posteriormente como el apóstol Pablo o san Pablo— es, sin duda, una de las figuras más influyentes y polémicas en la historia del cristianismo primitivo. Considerado por muchos como el verdadero arquitecto del cristianismo universal, su impacto fue tan profundo que su teología sentó las bases doctrinales que marcarían la futura identidad cristiana, alejándose progresivamente de sus raíces judías.

Nacido alrededor del año 5 d. C. en Tarso, una importante ciudad de la región de Cilicia (actual Turquía), Saulo provenía de una familia judía de la tribu de Benjamín (Filipenses 3:5). Esta combinación de identidades —judío de nacimiento y ciudadano romano por herencia— le proporcionó una posición privilegiada. La ciudadanía romana le otorgaba derechos legales cruciales, como el acceso a un juicio justo y la protección frente a ciertos castigos, algo que Pablo utilizaría hábilmente durante sus enfrentamientos con las autoridades (Hechos 16:37-38).

Su formación religiosa fue rigurosa: estudió en Jerusalén bajo la tutela de Gamaliel I, uno de los rabinos más prominentes de la época (Hechos 22:3). Gamaliel, perteneciente a la

escuela farisea de Hillel, era conocido por su interpretación moderada de la Ley, aunque Saulo, en contraste, se mostró inicialmente como un fariseo radical, extremadamente celoso de las tradiciones mosaicas.

La primera aparición significativa de Saulo en las Escrituras ocurre durante el martirio de Esteban —el primer mártir cristiano—, donde se le describe como cómplice, guardando los mantos de aquellos que lo lapidaron (Hechos 7:58). Su celo persecutorio lo llevó a «respirar amenazas de muerte» contra los cristianos, persiguiéndolos activamente y solicitando cartas al sumo sacerdote para arrestar a aquellos que seguían «el Camino» en Damasco (Hechos 9:1-2).

No obstante, su vida dio un vuelco inesperado durante el viaje a Damasco, cuando, según su propio testimonio, tuvo una visión celestial de Jesús resucitado que lo cegó temporalmente. Este evento —histórico o teológico, según distintas interpretaciones— marcó el inicio de su conversión y la redefinición de su misión: de perseguidor a predicador del mensaje cristiano.

Tras este acontecimiento, Pablo pasó un período de introspección de tres años en Arabia (Gálatas 1:17-18), antes de regresar a Damasco y posteriormente a Jerusalén, donde tuvo un tenso encuentro con los líderes de la Iglesia primitiva, encabezados por Pedro y Santiago.

**2. La obra novedosa de Saulo y el conflicto con los judeocristianos**

La transformación de Saulo en Pablo no solo fue personal, sino profundamente teológica. Si bien seguía reconociendo las raíces judías del cristianismo, defendió con vehemencia que la salvación ya no dependía de la observancia de la Ley mosaica, sino de la fe en Jesucristo.

Su visión revolucionaria lo llevó a centrar su misión en los gentiles (no judíos), convencido de que había sido elegido específicamente por Dios para esta tarea (Hechos 26:16-18). Este cambio fue trascendental, ya que mientras los judeocristianos —liderados por Santiago y Pedro— veían a Jesús como el Mesías prometido a Israel, Pablo promovió una soteriología universalista: la salvación estaba abierta a todas las naciones sin la necesidad de adoptar las prácticas judías, como la circuncisión o las restricciones alimentarias.

El conflicto con los judeocristianos se intensificó a medida que las comunidades paulinas crecían. Mientras que la Iglesia fundante de Jerusalén seguía observando la Ley, las iglesias establecidas por Pablo entre los gentiles adoptaban una fe libre de estas obligaciones, manteniendo solo algunas normas básicas para fomentar la unidad en las comunidades mixtas (Hechos 15:19-21). Este conflicto motivó el primer concilio del cristianismo relatado en Hechos 15.

# III. EL CONCILIO DE JERUSALÉN

## 1. Desarrollo del Concilio

El Concilio de Jerusalén, descrito en Hechos 15, fue el primer intento formal de resolver un conflicto que amenazaba la unidad de la naciente comunidad cristiana: ¿debían los gentiles convertirse al judaísmo —incluyendo la circuncisión y la observancia completa de la Ley mosaica— para ser considerados parte del pueblo de Dios?

Por un lado, los judeocristianos liderados por Santiago, Pedro y Juan sostenían que Jesús era el Mesías prometido a Israel y, por tanto, la fe en él no eliminaba la obligación de seguir la Ley mosaica. Consideraban lógico que los gentiles que aceptaban a Cristo se sometieran a las mismas normas, siguiendo la creencia tradicional de que cualquier extranjero que deseara unirse al pueblo de Dios debía hacerlo a través de la Ley.

Por otro lado, Pablo y Bernabé argumentaban que la salvación se obtenía por la fe en Cristo, sin necesidad de cumplir la Ley, abogando por una incorporación directa de los gentiles a la comunidad sin pasar por las prácticas judías. Esta postura se basaba en la convicción de Pablo de que, con la venida de Jesús, una nueva era había comenzado, donde la fe y la gracia reemplazaban las obras de la Ley como medio de justificación (Gálatas 2:16).

El concilio concluyó con un compromiso: los gentiles no estarían obligados a circuncidarse ni a cumplir con la totalidad de la Ley mosaica, pero se les pidió respetar ciertas normas mínimas —probablemente para facilitar la convivencia con los creyentes judíos—:

–Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos.

–No consumir sangre ni carne de animales estrangulados.

–Guardarse de la inmoralidad sexual (Hechos 15:20).

Estas restricciones pueden entenderse a la luz de las leyes noéticas, preceptos considerados universales por la tradición judía para los «temerosos de Dios» (gentiles simpatizantes del judaísmo).

### *El papel de Santiago en el Concilio*

Santiago era «el hermano del Señor» (Gálatas 1:19), lo que le otorgaba una autoridad simbólica y familiar dentro del movimiento.

Tenía una gran reputación de piedad. Las fuentes tempranas, como Hegesipo (citadas por Eusebio), destacan su estricta observancia de la Torá y su reputación de justicia, reforzando su posición como un modelo de fidelidad judía.

Fue conciliador y pragmático. Santiago parecía buscar un equilibrio entre la identidad judía de los primeros cristianos y la creciente incorporación de gentiles.

Fue el líder nato de una comunidad que mantenía la circuncisión, las leyes alimentarias y las festividades mosaicas. Creía que Jesús era el Mesías, pero no veía esto como una abolición de la Ley, sino como su cumplimiento escatológico.

### 2. Un acuerdo tenso y débil

A pesar del consenso alcanzado, este pacto fue más una solución pragmática que una resolución teológica definitiva. Las tensiones continuaron, como lo reflejan las cartas de Pablo, particularmente Gálatas y 2 Corintios, donde se enfrenta con los llamados «judaizantes», grupos judeocristianos que seguían insistiendo en la imposición de la observancia de la Ley.

El concilio expuso una realidad incómoda: había dos formas divergentes de entender el cristianismo naciente, una profundamente arraigada en las tradiciones judías y otra abierta a la universalidad gentil. Este frágil equilibrio marcaría las futuras relaciones entre paulinos y judeocristianos y sembraría las semillas de una separación progresiva.

### 3. La relación entre Pablo y Pedro: cooperación y conflicto

La relación entre Pablo y Pedro, aunque marcada por una causa común —la expansión del mensaje cristiano—, fue compleja y tensa.

Pedro (o Cefas, su nombre arameo) era una figura central entre los apóstoles y el líder natural de la comunidad judeocristiana de Jerusalén. Su posición inicial reflejaba una continuidad con la tradición judía, defendiendo que la fe en Jesús como Mesías no eliminaba la obligación de seguir la Ley mosaica.

Pablo, por otro lado, tras su conversión, asumió un enfoque radicalmente distinto: sostenía que la justificación provenía únicamente de la fe en Cristo, sin necesidad de las obras de la Ley (Gálatas 2:16). Para Pablo, la cruz de Cristo inauguraba una nueva era donde judíos y gentiles podían ser salvos sin someterse a las normas mosaicas.

El Concilio de Jerusalén reveló estas tensiones. Si bien Pedro, según el relato del autor de Hechos, apoyó finalmente la postura más inclusiva de Pablo respecto a los gentiles (Hechos 15:7-11), los desacuerdos no terminaron allí.

El episodio más conocido del conflicto entre ambos ocurrió en Antioquía (Gálatas 2:11-14). Pablo relata cómo confrontó públicamente a Pedro, acusándolo de hipocresía.

Al principio, Pedro comía con los gentiles, pero cuando llegaron enviados de Santiago —posiblemente más conservadores—, dejó de hacerlo por temor a las críticas.

Para Pablo, este acto socavaba la esencia de su evangelio, pues implicaba que los gentiles eran creyentes de segunda clase, lo que contradecía su convicción de que «en Cristo no hay judío ni griego» (Gálatas 3:28).

Este incidente muestra que, aunque había cooperación entre ambos, las diferencias sobre la Ley y la relación entre judíos y gentiles dentro de la Iglesia eran profundas y persistentes.

---

## IV. LOS DE LA CIRCUNCISIÓN: CONTEXTO

### 1. ¿Quiénes eran los de la circuncisión?

El libro de los Hechos, escrito tradicionalmente por Lucas, relata el surgimiento y la expansión de la primera comunidad cristiana, situando su origen en Jerusalén. Esta comunidad fundante estaba compuesta principalmente por los apóstoles —los discípulos más cercanos a Jesús— y otros seguidores, con un papel destacado de Pedro, Juan y, especialmente, Santiago, quien asumió un liderazgo clave tras la muerte de Jesús.

Hechos 2:1-41 comienza con la efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles en Pentecostés, lo que se considera el momento fundacional de la Iglesia. Los discípulos, antes temerosos, comienzan a proclamar el mensaje de Jesús con valentía, atrayendo a miles de nuevos creyentes, principalmente judíos, muchos de ellos provenientes de diversas regiones, reunidos en Jerusalén por la fiesta.

Hechos 2:42-47 describe a la comunidad primitiva como un grupo unido que compartía todas las cosas en común, asistía al Templo diariamente y partía el pan en las casas. Esta referencia a la asistencia al Templo subraya su carácter profundamente judío: los primeros cristianos no se veían a sí mismos como una religión aparte, sino como una continuación del judaísmo, creyendo que Jesús era el Mesías prometido.

Pedro emerge como un líder destacado (Hechos 3:1-26), predicando en el Templo y realizando sanaciones. Sin embargo, con el tiempo, Santiago, «hermano del Señor», parece asumir el liderazgo de la comunidad de Jerusalén, como se observa más adelante en el Concilio de Jerusalén (Hechos 15).

Es a este grupo de creyentes a los que el autor de Hechos se refiere, desde la distancia del tiempo, como «los de la circuncisión». Cuando el autor escribe, ya ha surgido Saulo de Tarso con su novedosa soteriología, el cristianismo paulino se ha extendido por Occidente y el llamado Concilio de Jerusalén ya es historia. Es decir, «los judeocristianos» forman la comunidad originaria y fundacional del cristianismo, lo que llamamos «la Iglesia primitiva».

El autor del libro de los Hechos, escrito alrededor del año 70-75 d. C., recoge información de diversas fuentes que armoniza según su perspectiva histórica. Aunque no fue testigo directo de todos los acontecimientos que relata, sí conocía de primera mano las secuelas de la tensión entre las comunidades judeocristianas y las paulinas.

Desde esta óptica, el autor de Hechos usa la expresión «los de la circuncisión» para referirse a las iglesias judeocristianas, estableciendo un claro contraste con las

comunidades gentiles (cf. Gálatas 2:7-8). Es importante subrayar que, al momento de redactar Hechos, los judeocristianos eran vistos todavía como parte integral y respetada de la Iglesia primitiva, la «Iglesia madre» de Jerusalén.

Sin embargo, el significado de esta expresión varía según el contexto histórico y los escritos neotestamentarios. No tiene el mismo sentido en el libro de Hechos o en las primeras cartas de Pablo que en las Epístolas Pastorales. Podemos distinguir, al menos, tres connotaciones principales.

### *a) «Los de la circuncisión» como grupo fundante cristiano*

En Hechos, la expresión «los de la circuncisión» o «los fieles de la circuncisión» (Hechos 10:45; 11:2) tiene un carácter socio-religioso, marcando la diferencia entre los creyentes judíos y las comunidades paulinas gentiles. Pablo también emplea esta expresión, aunque con matices diferentes:

–Para distinguir a los judíos de los gentiles en general (Romanos 3:30; 4:9).

–Para describir los ámbitos de misión diferentes de Pedro y él mismo, con expresiones como «el evangelio de la circuncisión» y «el evangelio de la incircuncisión» (Gálatas 2:7-8).

–Para referirse específicamente a los judeocristianos dentro del cristianismo primitivo (Gálatas 2:12).

Es crucial entender que «los de la circuncisión» no era un grupo marginal ni disidente. Al contrario, representaban el núcleo original del movimiento cristiano, como evidencian dos hechos:

–Los «fieles de la circuncisión» enviados a Antioquía estaban estrechamente ligados a Santiago, una de las figuras principales de la Iglesia de Jerusalén. No solo iban en su representación, sino que su autoridad fue lo suficientemente fuerte como para influenciar a Pedro y a otros judeocristianos, provocando el famoso episodio de la «hipocresía» que Pablo denunció públicamente (Gálatas 2:11-14).

–Los discípulos judíos que acompañaron a Pedro a Cesarea, a la casa de Cornelio, también son llamados «fieles de la circuncisión». El término «fieles» indica que eran cristianos plenamente integrados, aunque continuaban observando la Ley mosaica (Hechos 10:45).

Por tanto, las comunidades disidentes no fueron las judeocristianas, sino más bien las paulinas, que emergieron después.

### *b) «Los de la circuncisión» como cuerpo eclesial dominante en Palestina*

El libro de Hechos afirma que había «millares de judíos que habían creído, y todos eran celosos por la Ley» (Hechos 21:20). Esta afirmación refleja la composición mayoritaria de

la Iglesia de Jerusalén cuando Pablo llegó tras su tercer viaje misionero (alrededor del año 58-59 d. C.).

La declaración de los líderes de Jerusalén a Pablo —«Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley»— confirma que la Iglesia fundante, encabezada por Santiago, estaba profundamente enraizada en la observancia mosaica.

### *c) «Los contumaces… de la circuncisión»*

Sin embargo, con el paso del tiempo, la percepción hacia este grupo cambió drásticamente. En las Epístolas Pastorales —cuando el movimiento paulino ya había tomado protagonismo y se consolidaba en el mundo grecorromano— la expresión adopta una connotación negativa.

El autor de Tito los llama «contumaces y engañadores… de la circuncisión» (Tito 1:10). Este cambio refleja la creciente tensión entre las comunidades gentiles, que se estaban institucionalizando, y los judeocristianos que seguían aferrados a las tradiciones mosaicas.

La transformación de la imagen de los judeocristianos, de «fieles» a «contumaces», revela el desfase temporal y teológico entre Hechos, las primeras cartas de Pablo y las Pastorales.

## 2. Otras connotaciones anexas

### *a) «Quieren pervertir el evangelio de Cristo»* (Gálatas 1:6-10)

Cuando Pablo advierte en Gálatas sobre aquellos que «pervierten el evangelio», no está condenando a los judeocristianos por observar la Ley como un estilo de vida. De hecho, él mismo continuó practicando ciertas normas judías (Hechos 18:18; 21:26; 1 Corintios 9:20).

La verdadera objeción de Pablo se dirige contra aquellos que imponían la Ley como condición para la salvación. No era la observancia de la circuncisión o las normas alimentarias lo que «pervertía el evangelio», sino exigir estas prácticas a los gentiles como requisito para formar parte del pueblo de Dios.

Así, la polémica no radicaba en vivir según la Ley, sino en convertirla en un medio de justificación, algo que Pablo consideraba una negación de la gracia de Cristo (Gálatas 5:4).

### *b) «De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis»* (Gálatas 5:4)

Pablo distingue entre dos grupos:

–Los judeocristianos que continuaban observando la Ley como expresión piadosa de su fe, sin buscar en ella su justificación.

–Aquellos que pretendían que las obras de la Ley fueran necesarias para ser salvos, a quienes Pablo acusa de haberse desligado de Cristo.

Esta distinción es clave, ya que en el Concilio de Jerusalén (Hechos 15) se acordó que los gentiles no estaban obligados a seguir la Ley, mientras que los judeocristianos seguirían guardándola.

Incluso Pablo, aunque defensor de la justificación por la fe, cumplía la Ley en ciertos contextos (1 Corintios 9:20). Esto deja claro que el problema no era la Ley en sí, sino su uso como instrumento para obtener la salvación.

---

## V. LOS JUDEOCRISTIANOS: CREENCIAS

Las creencias de los judeocristianos, la comunidad fundante del cristianismo, se pueden reconstruir a partir de las fuentes del Nuevo Testamento —principalmente las cartas de Pablo y el libro de Hechos—, aunque estos escritos reflejan una perspectiva muchas veces hostil o crítica hacia ellos. La única obra de tendencia judeocristiana incluida en el canon es la epístola de Santiago, posiblemente tras un proceso de selección que favoreció las posturas paulinas.

Las creencias de los judeocristianos no las tenemos escritas por ellos mismos, sino a través de la apología paulina, en especial por las cartas auténticas de Pablo. Lo que hubieran escrito los judeocristianos en defensa de sus postulados no pervivió: la historia siempre la escriben los vencedores. Así que debemos leer entre líneas las declaraciones de Pablo en contra de los judeocristianos para indagar sobre las creencias que aquellos defendían.

### 1. Polémica de Pablo contra los judeocristianos

La controversia central giraba en torno a la relación entre la fe en Cristo y la Ley mosaica (Torá).

El famoso conflicto en Antioquía versa sobre el enfrentamiento entre Pablo y Pedro (Gálatas 2:11-14). Cuando algunos enviados de Santiago llegaron a Antioquía, Pedro dejó de comer con los gentiles cristianos, lo que provocó la indignación de Pablo, quien interpretó esta actitud como una traición al evangelio de la libertad en Cristo. Este

episodio muestra el peso de la comunidad judeocristiana de Jerusalén y la autoridad que tenía Santiago, el hermano de Jesús, como líder máximo.

Las principales cartas apologéticas de Pablo tienen como propósito combatir la influencia de ciertos judeocristianos a quienes llama irónicamente «superapóstoles» (2 Corintios 11:5), y arremete contra aquellos que insistían en la circuncisión con un lenguaje extremadamente duro: «¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!» (Gálatas 5:12). La raíz del conflicto no era solo la circuncisión, sino las prácticas judías que los judeocristianos seguían observando y que esperaban que los gentiles adoptaran.

Hechos 15, el Concilio de Jerusalén, narra el primer gran debate eclesial sobre si los gentiles debían cumplir la Ley de Moisés. Aunque el relato de Hechos suaviza las tensiones, presentando a Pedro y Santiago como moderados, Gálatas 2 ofrece una versión más cruda: los judeocristianos aceptaron una concesión parcial para los gentiles, pero nunca abandonaron su compromiso con la Ley.

En resumen, la polémica con Pablo no se centraba en si Jesús era el Mesías —ambos bandos lo afirmaban—, sino en cómo debía vivirse esa fe: dentro del marco de la Torá o al margen de ella.

**2. Fundamentos doctrinales de los judeocristianos**

Los judeocristianos concebían el cristianismo como la plenitud del judaísmo, no como una ruptura con él. Sus principales creencias giraban en torno a los siguientes puntos:

***a) Jesús era el Mesías esperado***

Jesús era el Mesías esperado, el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas.

***b) Jesús no abrogaba la Ley***

No veían a Jesús como alguien que estuviera abrogando la Ley, sino como su intérprete supremo.

***c) La salvación seguía estando ligada a Israel***

La salvación seguía estando ligada a Israel; los gentiles podían ser injertados en el pueblo de Dios, pero debían respetar las marcas identitarias del judaísmo.

***d) La Ley mosaica como pilar de la fe***

Para los judeocristianos, la fe en Jesús confirmaba el pacto de Dios con Israel, no lo abolía. Mateo 5:17-20 —donde Jesús declara: «No penséis que he venido para abrogar la Ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir»— era un argumento clave.

***e) Prácticas obligatorias***

Aunque el Concilio de Jerusalén permitió que los gentiles quedaran exentos de la Ley completa, los judeocristianos seguían considerándola vinculante para ellos mismos. Hechos 21:20 muestra que eran «millares» los judíos convertidos, todos «celosos por la Ley».

***f) La circuncisión como señal del pacto y pertenencia***

Basados en Génesis 17, los judeocristianos consideraban la circuncisión no solo un rito externo, sino la marca visible de la alianza con Dios. Para ellos, los gentiles que deseaban unirse al pueblo mesiánico debían pasar por este rito (Hechos 15:1; Gálatas 5:2-4).

***g) La fe debía ir acompañada de obras***

La epístola de Santiago es clave aquí: «Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma» (Santiago 2:17).

***h) La Ley no competía con la gracia***

Para ellos, la observancia de la Ley no contradecía la fe en Cristo, sino que era una respuesta fiel a Dios.

**3. Resistencia a la universalización radical de Pablo**

El principio paulino de «ni judío ni griego… porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3:28) fue visto con recelo por los judeocristianos. No rechazaban la inclusión de los gentiles, pero insistían en que debían adoptar ciertos preceptos mosaicos.

Consideraban que la comunidad cristiana debía seguir siendo una extensión del judaísmo, no una fe desvinculada de la Torá.

**4. La autoridad apostólica y la disputa con Pablo**

El conflicto también tenía una dimensión política: Santiago, Pedro y Juan eran las «columnas» de la Iglesia de Jerusalén (Gálatas 2:9). Santiago, como hermano de Jesús, tenía una autoridad innegable.

Por ello, algunos judeocristianos cuestionaban la legitimidad apostólica de Pablo porque no fue discípulo directo de Jesús (2 Corintios 11:4-5).

**5. La percepción que tenían de sí mismos**

Lejos de ser una facción marginal, los judeocristianos fueron la comunidad original que surgió tras Pentecostés, liderada por figuras como Santiago y Pedro. Para ellos, la fe en Jesús como el Mesías no abolía la Ley, sino que la confirmaba.

El conflicto con los judeocristianos, por tanto, fue una lucha teológica, pero también una batalla por definir la identidad del naciente cristianismo: ¿un nuevo camino dentro de Israel o una fe universal, libre de la Ley mosaica?

## VI. LOS JUDEOCRISTIANOS DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS AUTORES DEL NUEVO TESTAMENTO

El estudio de los judeocristianos a través del prisma del Nuevo Testamento revela un trasfondo de conflictos teológicos y eclesiales, marcado por las tensiones entre la comunidad de Jerusalén —liderada por los primeros discípulos de Jesús— y las iglesias gentiles fundadas por Pablo. Lejos de ser un relato neutral, los escritos del Nuevo Testamento ofrecen una visión filtrada por el triunfo de las ideas paulinas, lo que se traduce en una narrativa que oscila entre el intento de integración y el desprestigio velado de la comunidad judeocristiana.

Este capítulo examina cómo las diferentes obras del Nuevo Testamento, desde las cartas de Pablo hasta los Evangelios y el libro de Hechos, abordan la presencia y el papel de los judeocristianos.

### 1. La perspectiva paulina: el conflicto abierto

El punto de partida obligado es Pablo, cuyas cartas —los escritos más antiguos del Nuevo Testamento— reflejan el conflicto directo con los judeocristianos. Estas epístolas no nacen de una reflexión teológica abstracta, sino de la necesidad urgente de responder a los desafíos que estos grupos planteaban en las comunidades fundadas por el apóstol.

Los judeocristianos más activos, no solo en Judea sino también entre las iglesias paulinas, insistían en la necesidad de obedecer la Ley mosaica como parte esencial de la identidad del pueblo de Dios. Para ellos, aceptar a Jesús como el Mesías prometido no anulaba las prácticas distintivas del judaísmo —como la circuncisión, las normas alimentarias y la observancia del sábado—, sino que las reforzaba, pues entendían que eran los herederos legítimos de las promesas divinas, dentro del seno de Israel (Romanos 9:3-5).

Desde su perspectiva, Pablo era un apóstata que relativizaba la Ley y ponía en peligro la pureza del mensaje mesiánico.

Cuestionaron su autoridad apostólica, argumentando que:

–No formaba parte del grupo de los Doce, aquellos discípulos originales elegidos por Jesús.

–Su rechazo a recibir apoyo económico por su labor evangelizadora evidenciaba —según ellos— una falta de legitimidad, ya que los verdaderos apóstoles podían vivir del Evangelio como prueba de su comisión divina (1 Corintios 9:1-2).

Lejos de optar por la conciliación, Pablo respondió con una apologética feroz. En sus cartas no duda en utilizar un lenguaje mordaz contra sus oponentes, a quienes acusa de ser «falsos hermanos» infiltrados para espiar la libertad cristiana y someter a las comunidades nuevamente a la esclavitud de la Ley (Gálatas 2:4). Su lenguaje alcanza un punto extremo en Gálatas, donde llega a decir: «¡Ojalá que los que os perturban se mutilasen!» (Gálatas 5:12), en referencia a aquellos que promovían la circuncisión.

En 2 Corintios, los llama «falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo» (2 Corintios 11:13), dejando claro que veía su influencia como una amenaza directa al núcleo de su evangelio: la justificación por la fe, independiente de las obras de la Ley.

### 2. El cambio post-paulino: diplomacia y reinterpretación

Con la muerte de Pablo, el tono combativo que caracteriza sus cartas dio paso a una estrategia más diplomática. Los discípulos del apóstol, conscientes del crecimiento de las iglesias gentiles y de la posición hegemónica que estas iban adquiriendo, suavizaron la confrontación directa con los judeocristianos.

A medida que el movimiento paulino fue consolidándose en el ámbito helenístico, se hizo evidente la necesidad de ofrecer una narrativa coherente que justificara la ruptura con la Ley mosaica sin desacreditar abiertamente a la comunidad fundadora de Jerusalén. Este complejo equilibrio se refleja en las obras posteriores del Nuevo Testamento, donde la figura de Pablo sigue siendo central, pero el conflicto con los judeocristianos es reformulado.

### 3. Estrategias narrativas

El análisis de las fuentes del Nuevo Testamento revela dos estrategias clave empleadas para lidiar con las tensiones judeocristianas.

#### *a) Vincular las enseñanzas de Pablo con las raíces judías*

Se intenta presentar a Pablo como un continuador del plan divino iniciado con Israel. El libro de Hechos, por ejemplo, muestra a Pablo visitando el Templo, haciendo votos nazareos (Hechos 21:23-26) y afirmando que nunca ha enseñado contra la Ley, creando una imagen de continuidad más que de ruptura.

#### *b) Desprestigiar a los líderes de la comunidad de Jerusalén*

Paralelamente, los autores neotestamentarios subrayan la falta de comprensión espiritual de los líderes judeocristianos, presentándolos como personajes obstinados o lentos para captar el verdadero significado del mensaje de Jesús.

### *4. El desprestigio de los apóstoles en los Evangelios*

Los Evangelios, escritos décadas después de la muerte de Jesús, también contribuyen a la narrativa antijudeocristiana al retratar a los discípulos —los líderes de la Iglesia de Jerusalén— como torpes e incapaces de comprender la misión de Cristo.

Pedro, el principal líder judeocristiano, es duramente reprendido por Jesús:

> «¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Marcos 8:33).

Asimismo:

> «Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» (Juan 18:10-11).

Los discípulos, en general, son descritos como lentos para entender:

> «¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón?» (Marcos 8:17).

Estas caracterizaciones no son meros detalles narrativos, sino parte de una estrategia más amplia para resaltar la superioridad teológica de la interpretación paulina, a costa de la comunidad de Jerusalén.

### 5. El conflicto suavizado en Hechos

El libro de Hechos, aunque adopta un tono más conciliador, no oculta las tensiones subyacentes. Presenta a Pedro necesitando una visión celestial para aceptar la misión entre los gentiles (Hechos 10-11), sugiriendo que la apertura universalista no surgió de la iniciativa del líder de los Doce, sino por una intervención directa de Dios.

### 6. Hacia una Iglesia gentil y universal

El análisis de los textos neotestamentarios evidencia una evolución clara: el cristianismo pasó de ser una secta judía adherida a la Ley mosaica, con poca perspectiva por causa de la corta visión de los apóstoles fundadores, a convertirse en un movimiento universalista predominantemente gentil, impulsado por la teología paulina.

Para lograr esta transición, los autores del Nuevo Testamento utilizaron diferentes estrategias narrativas:

–Presentar a Pablo como heredero legítimo del mensaje de Jesús.

–Cuestionar la autoridad espiritual de la comunidad judeocristiana.

–Ofrecer una visión conciliadora de los conflictos pasados para construir una Iglesia unificada.

Detrás de estas estrategias yace un esfuerzo consciente por legitimar el cristianismo gentil y, al mismo tiempo, integrar —aunque de forma subordinada— la memoria de la comunidad fundadora de Jerusalén.

---

# VII. DESPRESTIGIO, INCOHERENCIAS Y GUERRA ABIERTA

### 1. Desprestigio

La consolidación del cristianismo gentil bajo el liderazgo ideológico de Pablo no solo redefinió la teología cristiana primitiva, sino que también marcó el destino del judeocristianismo, empujándolo hacia la marginalización y, finalmente, la desaparición como una corriente legítima dentro de la Iglesia.

El conflicto entre judeocristianos y paulinos, lejos de ser una simple discusión teológica, reveló profundas contradicciones internas y estrategias narrativas que reflejan los intereses de las comunidades cristianas emergentes. Los textos del Nuevo Testamento —especialmente las cartas paulinas, los Hechos de los Apóstoles y las epístolas pseudopaulinas— presentan evidentes sesgos e incoherencias que apuntan a un intento deliberado de consolidar la autoridad paulina, mientras se minimizaba la influencia de los judeocristianos.

El autor de Hechos, por ejemplo, comienza poniendo en entredicho el entendimiento de los apóstoles al describir un diálogo más ficticio que histórico en el cual los discípulos preguntan al Jesús resucitado si instaurará el “reino de Dios” en esos días con la respuesta del Resucitado dejándolos en evidencia (Hechos 1:6-7).

Las epístolas auténticas de Pablo muestran una actitud abiertamente hostil hacia los judeocristianos, a quienes describe como “falsos hermanos” (Gálatas 2:4) y “perros” (Filipenses 3:2), llegando incluso a desear que “se mutilen los que os perturban” (Gálatas 5:12). Estas expresiones evidencian no solo el desprestigio de sus adversarios, sino la radicalidad de su ruptura con la Ley mosaica.

Este desprestigio se refleja también en la narrativa apologética del libro de Hechos, donde los líderes judeocristianos son retratados como sorprendidos e ingenuos ante la aceptación de los gentiles por parte de Dios:

> “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hechos 11:18).

El autor de Hechos, al presentar a los apóstoles fundantes como incapaces de comprender plenamente la misión universal de Cristo, refuerza la idea de que solo Pablo

poseía la verdadera visión teológica. Esta caricaturización de los judeocristianos como teológicamente torpes sirvió para cimentar la superioridad del paulinismo.

**2. Incoherencias**

El Libro de Hechos —redactado posteriormente— adopta un tono conciliador y edulcorado. El autor suaviza las tensiones entre Pablo y las autoridades judeocristianas, omitiendo conflictos directos como el enfrentamiento entre Pablo y Pedro en Antioquía (Gálatas 2:11-14). Además, presenta a Pablo participando en rituales de purificación en el Templo (Hechos 21:20-26), insinuando una aparente compatibilidad entre la Ley mosaica y su evangelio a los gentiles, en abierta contradicción con la radicalidad expresada en sus cartas auténticas.

Esta incoherencia es especialmente visible en el concilio de Jerusalén (Hechos 15). Aunque se decide que los gentiles no están obligados a cumplir la Ley —sobre todo la circuncisión—, aún se les imponen ciertas restricciones derivadas de la Torá, como abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de sangre y de la fornicación. Esta resolución resulta paradójica: si la Ley ya no era necesaria para la salvación, ¿por qué mantener siquiera parte de ella?

Aún más contradictorio es el comportamiento de Pablo respecto a la circuncisión. En Gálatas 2:3-5 se niega rotundamente a circuncidar a Tito —griego— como un acto de desafío a los "judaizantes". Sin embargo, en Hechos 16:1-3 accede a circuncidar a Timoteo —hijo de madre judía—, justificándolo como un acto pragmático para facilitar su aceptación entre los judíos. Esta doble postura refleja una tensión constante entre su discurso teológico radical y las presiones sociales y políticas a las que estaba sometido.

A estas contradicciones se suman las epístolas pseudopaulinas —como Efesios y Colosenses—, escritas después de la muerte de Pablo. En ellas, el tono cambia significativamente: ya no hay insultos a los judeocristianos ni una ruptura tajante con la Ley, sino un llamado a la unidad entre judíos y gentiles:

> "Cristo es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación" (Efesios 2:14-15).
>
> "Nadie os juzgue en comida o bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo" (Colosenses 2:16-17).

Estos textos, más diplomáticos, reflejan el estado avanzado del cristianismo gentil, donde el conflicto con los judeocristianos había perdido fuerza. No obstante, esta aparente unidad era más una estrategia eclesiológica que una realidad histórica, como demuestra el creciente aislamiento de las comunidades judeocristianas.

La exclusión final de los judeocristianos se consolidó tras la destrucción del Segundo Templo en el año 70 d.C. A partir de entonces, las tensiones se agudizaron, forzando a las comunidades judeocristianas a definirse: o adoptaban la teología paulina, cada vez más desligada de la Ley, o se alineaban con el judaísmo rabínico. La ruptura fue inevitable.

El triunfo ideológico de Pablo no solo determinó la exclusión del judeocristianismo, sino que sentó las bases para la teología de la sustitución, que proclamaba que la Iglesia había reemplazado a Israel como el verdadero pueblo de Dios:

> "El reino de Dios será quitado de vosotros (Israel) y será dado a gente que produzca sus frutos" (Mateo 21:43).
>
> "Al decir 'nuevo pacto', ha dado por viejo al primero" (Hebreos 8:13).

Esta teología tuvo consecuencias devastadoras. Al reforzar la idea de que los judíos eran un pueblo rechazado por Dios, se alimentó el antijudaísmo cristiano. Los Padres de la Iglesia —Justino Mártir, Juan Crisóstomo, Agustín— profundizaron esta hostilidad, ya sin matices entre judeocristianos y judíos rabínicos. La marginación teológica se convirtió pronto en persecución política: concilios eclesiásticos limitaron los derechos de los judíos, promovieron su confinamiento en guetos y, con el tiempo, legitimaron la violencia en episodios como las Cruzadas y la Inquisición.

### 3. Guerra abierta

Durante los tres primeros siglos polemizaron con los judeocristianos grandes apologetas como:

***a) Justino Mártir*** (100-165 d.C.)

En su *Diálogo con Trifón*, discute con un judío llamado Trifón sobre la relación entre el cristianismo y el judaísmo. Justino sostiene que las prácticas de la Ley Mosaica ya no son necesarias para los cristianos porque Jesús cumplió la Ley. Aunque respetaba a los judeocristianos que observaban la Ley sin imponerla a otros, condenaba a quienes la veían como esencial para la salvación.

***b) Ireneo de Lyon*** (130-202 d.C.)

En su obra *Contra las herejías*, critica a grupos que intentaban combinar elementos del judaísmo y el cristianismo. Si bien su enfoque principal era combatir el gnosticismo, también abordó temas relacionados con los judeocristianos que seguían observando la Ley mosaica.

***c) Tertuliano*** (160-225 d.C.)

En varios de sus escritos, argumenta que el cristianismo ha superado la Ley Mosaica y critica la adherencia de los judeocristianos a prácticas judaizantes.

***d) Orígenes de Alejandría*** (185-253 d.C.)

En sus comentarios y homilías, también aborda la cuestión de los judeocristianos, enfatizando que las profecías del Antiguo Testamento deben interpretarse como apuntando a Cristo y no como un respaldo continuo a las prácticas legales judías.

***e) Eusebio de Cesarea*** (263-339 d.C.)

En su *Historia eclesiástica*, describe las divisiones entre los cristianos gentiles y los judeocristianos, mencionando a grupos como los ebionitas, a quienes critica por aferrarse a prácticas judías y negar la divinidad de Cristo.

***f) Epifanio de Salamina*** (310-403 d.C.)

En su obra “Panarion”, dedica capítulos a los judeocristianos, especialmente a los ebionitas y nazarenos, a quienes considera heréticos por su insistencia en la Ley Mosaica y su interpretación de Jesús como un mero humano.

Esta apología pone en evidencia que el “evangelio” de Pablo, el auténtico fundador del cristianismo que ha llegado a nosotros, solapó, incluso sustituyó, el mensaje original que dio forma al judeocristianismo primitivo, auténtico exponente del “Jesús recordado” como profeta y Mesías, pero no como “Hijo de Dios” y muchos menos como Dios mismo. Esto último fue una ingeniería teológica de siglos después.

En resumen, lo que comenzó como una disputa teológica entre judeocristianos y paulinos en el siglo I, no solo reconfiguró el cristianismo primitivo, sino que sembró las semillas de un conflicto más amplio. La narrativa sesgada del Nuevo Testamento, las incoherencias entre las distintas tradiciones cristianas y la progresiva exclusión del judeocristianismo, no fueron solo asuntos doctrinales: fueron los cimientos sobre los cuales se construyeron siglos de antijudaísmo cristiano.

El paulinismo venció, el judeocristianismo perdió. Y las consecuencias de esa victoria resonaron a lo largo de la historia, modelando la relación entre cristianismo y judaísmo durante siglos, con efectos que aún hoy merecen una profunda reflexión.

---

## VIII. CONSTANTINO I Y TEODOSIO I

Constantino I y Teodosio I fueron dos figuras cruciales en la historia del cristianismo, cuyas decisiones políticas y religiosas transformaron profundamente el destino de esta fe y del Imperio Romano.

Constantino I, conocido como Constantino el Grande (272-337 d. C.), fue el primer emperador romano en abrazar el cristianismo. Su conversión, según la tradición, ocurrió antes de la batalla del Puente Milvio, en el año 312, donde afirmó haber tenido una visión de la cruz acompañada de las palabras *In hoc signo vinces* («Con este signo vencerás»). Esta experiencia lo llevó a favorecer al cristianismo, aunque su adhesión personal parece haber estado marcada por un sincretismo religioso hasta su bautismo en su lecho de muerte.

El hito más significativo de su reinado fue el Edicto de Milán, en el año 313, promulgado junto con Licinio, que garantizaba la libertad de culto a todas las religiones, poniendo fin a las persecuciones oficiales contra los cristianos. Aunque no hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio, sí le otorgó un estatus privilegiado: restituyó bienes confiscados a las iglesias, promovió la construcción de basílicas y aseguró la protección imperial a los líderes cristianos.

El papel de Constantino fue también decisivo en la consolidación de la ortodoxia cristiana. Convocó el Concilio de Nicea en el 325, buscando resolver la disputa arriana sobre la naturaleza de Cristo. Aunque el objetivo político era lograr la unidad religiosa del Imperio, este evento sentó las bases del cristianismo niceno, declarando la consustancialidad entre el Padre y el Hijo.

Por otro lado, Teodosio I (347-395 d. C.) desempeñó un papel aún más radical en la transformación del cristianismo dentro del Imperio. En el año 380, emitió el Edicto de Tesalónica, que declaró al cristianismo niceno como la religión oficial del Imperio Romano, proscribiendo las herejías, como el arrianismo, y prohibiendo las prácticas paganas.

Teodosio fortaleció la autoridad de la Iglesia, colaborando estrechamente con figuras como el obispo Ambrosio de Milán, quien llegó incluso a excomulgar al emperador tras la masacre de Tesalónica en 390, lo que obligó a Teodosio a realizar un acto público de penitencia. Este episodio refleja cómo la Iglesia comenzaba a consolidar un poder moral sobre el Estado.

Las consecuencias de las políticas de Constantino y Teodosio fueron vastas. Por un lado, el cristianismo pasó de ser una religión perseguida a convertirse en una fuerza hegemónica, con el apoyo directo del aparato imperial. Por otro lado, esta alianza también generó conflictos internos: las disputas doctrinales, como el arrianismo, el donatismo y otras herejías, adquirieron dimensiones políticas, con emperadores respaldando una u otra facción.

A nivel social, el edicto de Teodosio marcó el inicio del declive de las antiguas prácticas paganas. Los templos fueron cerrados, los sacrificios prohibidos y las festividades tradicionales suprimidas. Aunque estas medidas no eliminaron instantáneamente las creencias antiguas, sentaron las bases para la cristianización progresiva del Imperio.

Constantino I abrió las puertas para la integración del cristianismo en las estructuras del poder romano, mientras que Teodosio I completó ese proceso al establecerlo como la religión oficial del Estado. Sus políticas no solo transformaron el Imperio Romano, sino que también modelaron el curso del cristianismo, impulsando su consolidación doctrinal, fortaleciendo su jerarquía eclesiástica y preparando el terreno para la futura unión entre Iglesia y Estado en la Europa medieval.

### 1. Primeras consecuencias

Antes de Constantino, el Imperio Romano tenía una diversidad religiosa dominada por el politeísmo. Sin embargo, con la adopción del cristianismo, el Estado encontró en esta religión un elemento de cohesión política.

Constantino promovió el cristianismo como una religión imperial, buscando reforzar la unidad en un Imperio fragmentado por crisis internas.

Teodosio I, en 380, con el Edicto de Tesalónica, estableció el cristianismo niceno como la única fe legítima del Imperio, consolidando así la unión entre Iglesia y Estado. Con el apoyo estatal, los emperadores comenzaron a intervenir en asuntos doctrinales y eclesiásticos.

Constantino I convocó y presidió el Concilio de Nicea (325) para resolver disputas teológicas, como la controversia arriana, y unificar la doctrina cristiana. Teodosio I reafirmó la autoridad imperial en temas religiosos al convocar el Concilio de Constantinopla (381), consolidando el cristianismo ortodoxo y declarando el arrianismo herético.

Esta intervención imperial en la Iglesia sentó las bases del cesaropapismo, donde el emperador actuaba como líder político y religioso, especialmente en Oriente (Bizancio).

Constantino, aunque permitió la libertad religiosa, favoreció al cristianismo, prohibiendo ciertos rituales paganos y eliminando prácticas como la crucifixión. Teodosio I prohibió los sacrificios paganos y cerró templos en 391-392, destruyendo lugares emblemáticos como el Serapeum de Alejandría. También se prohibieron los Juegos Olímpicos en 393, pues se consideraban vinculados a cultos paganos.

### 2. Cambios en la Administración y Legislación

Se adoptaron leyes con inspiración cristiana, fortaleciendo el poder de la Iglesia y otorgándole autonomía en los tribunales eclesiásticos, entre otras cosas.

#### *a) Consecuencias religiosas*

La Iglesia dejó de ser perseguida y se convirtió en una institución con poder económico y político. Se establecieron privilegios para el clero, como la exención de impuestos y la posibilidad de que los obispos actuaran como jueces en ciertos casos legales.

Se consolidó la jerarquía eclesiástica con patriarcas, obispos y concilios que definieron la doctrina cristiana.

#### *b) Persecución de minorías religiosas*

Se promovió la intolerancia hacia las herejías dentro del cristianismo, como el arrianismo, el donatismo y el priscilianismo. Se emitieron leyes que prohibían el culto pagano y limitaban la práctica del judaísmo, marcando el inicio de la discriminación contra los judíos en el mundo cristiano.

***c) División entre Oriente y Occidente***

Mientras en Oriente el emperador tenía más control sobre la Iglesia —cesaropapismo—, en Occidente el obispo de Roma —el Papa— comenzó a ganar mayor autonomía. Esto sentó las bases para el futuro Cisma de Oriente y Occidente (1054) entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa.

***d) Fundación del modelo de Cristiandad medieval***

La alianza entre la Iglesia y el Estado romano sentó el precedente del *Sacrum Imperium* (Imperio Cristiano), que influiría en la Edad Media. En Occidente, tras la caída del Imperio Romano en 476, la Iglesia se convirtió en la institución más poderosa, moldeando la civilización medieval.

La hegemonía del cristianismo bajo Constantino I y Teodosio I transformó completamente la política y la sociedad del Imperio Romano. Se pasó de un modelo de diversidad religiosa a uno de cristianismo estatal, lo que fortaleció la unidad del Imperio en el corto plazo, pero también provocó tensiones internas y la persecución de otras creencias.

Además, el papel creciente de la Iglesia sentó las bases del poder eclesiástico en la Edad Media y de la futura relación entre religión y política en Europa.

---

# IX. EL NUEVO TESTAMENTO EN CLAVE BIPARTIDISTA

El Nuevo Testamento puede abordarse desde múltiples perspectivas, siendo una de las más reveladoras el análisis de las tensiones teológicas y culturales entre la apología paulina y la comunidad judeocristiana. Estas tensiones teológicas reflejan los debates del primer siglo del cristianismo, cuando las nacientes comunidades intentaban definir su identidad tanto dentro del judaísmo como en un marco más amplio que incluía a los gentiles. En este contexto, las epístolas de Pablo ocupan un lugar central, ya que constituyen una parte significativa del Nuevo Testamento.

Esta tensión teológica, entre el movimiento paulino y las comunidades judeocristianas, es la clave para entender el Nuevo Testamento. Sin este análisis es imposible entenderlo correctamente. La apología paulina, presente en la mayoría de sus epístolas, representa la defensa teológica y doctrinal de Pablo frente a dichas comunidades, argumentando que la fe en Jesucristo trasciende la Ley mosaica. Como fariseo convertido al cristianismo, Pablo sostuvo que la salvación no dependía de la observancia de la Ley (como la circuncisión, el sábado o las leyes dietéticas), sino de la gracia alcanzada mediante la fe en Cristo (Romanos 3:28; Gálatas 2:16).

Entre los principales postulados de Pablo destacan: la justificación por la fe, la universalidad del evangelio y la persona de Jesús (el Cristo) como cumplimiento de la Ley. Según Pablo, la salvación no se obtiene por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesús como el Mesías. Pablo insistía en que el mensaje de salvación estaba destinado tanto a judíos como a gentiles, eliminando las barreras étnicas, y que la Ley había servido como un tutor temporal que preparaba a las personas para Cristo, pero que ya no era necesaria tras su llegada (Gálatas 3:24-25).

Por otro lado, los judeocristianos, profundamente arraigados en las prácticas y tradiciones judías, no consideraban que la fe en el Mesías implicara la abolición de la Ley mosaica. Los ebionitas, un movimiento judeocristiano posterior, sostenían que los gentiles debían observar la Ley para formar parte del pacto (cf. Hechos 15).

Las tensiones entre Pablo y los judeocristianos fueron persistentes. Mientras estos últimos consideraban esencial la práctica de la Ley, Pablo afirmaba que no era necesaria para la salvación (Gálatas 5:6). Un episodio destacado es el conflicto en Antioquía (Gálatas 2:11-14), donde Pablo reprochó a Pedro por dejar de compartir mesa con los gentiles ante la presión de los judeocristianos, calificando su actitud como hipócrita. Este enfrentamiento subraya las diferencias fundamentales: para los judeocristianos, la Ley era el núcleo de la identidad del pueblo de Dios; para Pablo, esta identidad se cumplía en Cristo.

**1. Tensiones reflejadas en el Nuevo Testamento**

El Nuevo Testamento, especialmente en el libro de Hechos y las epístolas paulinas, documenta estas tensiones. El llamado concilio de Jerusalén (Hechos 15) fue un intento de resolver la controversia sobre si los gentiles debían observar la Ley mosaica. Aunque se acordó no imponer la circuncisión, se establecieron ciertas restricciones, principalmente para fomentar la convivencia entre judíos y gentiles en las comunidades cristianas mixtas.

Las epístolas de Romanos y Gálatas exponen extensamente la teología paulina, respondiendo a las críticas de aquellos que seguían defendiendo la observancia de la Ley. Algunos estudiosos interpretan la epístola de Santiago como un contrapunto a Pablo, dado su énfasis en la importancia de las obras junto con la fe (Santiago 2:24).

Este conflicto no fue meramente doctrinal, sino que marcó el desarrollo del cristianismo como una fe que, aunque nacida del judaísmo, comenzó a configurarse como una religión independiente. Las tensiones iniciales plantearon preguntas éticas y culturales que seguirían resonando: ¿Era el cristianismo una continuidad del judaísmo o una ruptura? ¿Cómo debían los cristianos interpretar la Ley mosaica a la luz de las enseñanzas de Pablo?

**2. Impacto en la evolución del cristianismo**

El análisis del Nuevo Testamento desde la perspectiva de la apología paulina y su interacción con los judeocristianos arroja luz sobre el complejo proceso de formación de la teología cristiana. Estas tensiones no solo moldearon los escritos del Nuevo Testamento, sino que también impulsaron al cristianismo a convertirse en una fe universal y distintiva. En última instancia, el debate entre Pablo y los judeocristianos marcó el camino hacia la transformación del cristianismo en una religión abierta a todos los pueblos y culturas.

La cristología no está exenta de la misma tensión. En la literatura de Pablo Jesús de Nazaret no solo era el Mesías (el Ungido) de Dios, sino el Hijo de Dios, atribuyéndole su misma naturaleza divina. Mientras que para los judeocristianos Jesús era la persona humana que Dios había elegido como su Mesías. El líder de la comunidad de Jerusalén, Santiago, era uno de sus hermanos de madre, y nunca, como monoteísta que era, se le hubiera ocurrido decir que su hermano era el Hijo de Dios. Solo en el politeísmo los dioses tenían hijos.

En los Hechos todavía quedan reminiscencias de esa cualidad estrictamente humana de Jesús:

> "Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, hombre aprobado por Dios entre vosotros con maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él…" (Hechos 2:22-23).
>
> "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había decidido ponerlo en libertad." (Hechos 3:13-15).
>
> "Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable." (Hechos 3:22-23).
>
> "Este es aquel Moisés que dijo a los hijos de Israel: Profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis." (Hechos 10:38).

En estos textos, Jesús es descrito como un hombre enviado, ungido o respaldado por Dios, lo que lo sitúa en un contexto exclusivamente profético o humano más que divino. Estos pasajes son importantes para entender cómo los primeros seguidores explicaban su identidad en un contexto judío.

# X. JUDEOCRISTIANISMO SIN PABLO

Si Pablo no hubiera entrado en escena con su teología universalista, el cristianismo podría haber seguido un desarrollo muy diferente. Podemos especular sobre varios posibles escenarios históricos y teológicos de un cristianismo sin Pablo:

**1. El Cristianismo habría permanecido como una secta judía**

a) Sin la predicación de Pablo a los gentiles y su insistencia en que la fe en Cristo reemplazaba la Ley Mosaica, el cristianismo probablemente habría permanecido dentro del judaísmo.

b) Sin Pablo, la necesidad de circuncisión y la observancia de la Torá habrían sido obligatorias para todos los conversos, lo que habría limitado la expansión del cristianismo fuera del mundo judío.

c) La comunidad judeocristiana liderada por Santiago —hermano carnal de Jesús— y Pedro podría haber subsistido, manteniendo una identidad más judía. Es posible que el cristianismo hubiese evolucionado como una variante del judaísmo.

**2. El cristianismo no habría alcanzado la cota universalista**

La idea de que el mensaje de Jesús era para todas las naciones fue en gran parte una construcción teológica de Pablo. Sin él, el cristianismo no se habría extendido masivamente al mundo grecorromano. Por otro lado, Roma no habría adoptado el cristianismo como religión oficial del Imperio por su connotación implícita judía. El cristianismo habría seguido siendo una religión minoritaria y posiblemente habría desaparecido con la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C.

**3. Habría tenido una mayor rivalidad con el judaísmo rabínico**

a) Si el cristianismo hubiera permanecido adherido a la Ley mosaica, habría estado en constante conflicto con el judaísmo rabínico, que surgió después de la destrucción del Templo en el 70 d.C.

b) Sin la teología paulina de la gracia, los cristianos habrían seguido practicando el judaísmo, lo que podría haberlos integrado más en la diáspora judía.

**4. El cristianismo podría no haber sobrevivido**

a) Al no abrirse a los gentiles y quedar limitado a un grupo de judíos mesiánicos, el movimiento cristiano podría haber sido solo una de las muchas sectas judías que desaparecieron después del 70 d.C.

b) Sin el respaldo de grandes comunidades gentiles, es posible que el cristianismo nunca hubiera alcanzado una masa crítica para sobrevivir a la persecución romana.

c) Si Pablo no hubiera entrado en escena, el cristianismo probablemente habría sido una secta judía minoritaria, similar a los esenios o fariseos reformistas. Incluso se habría extinguido con el colapso del Segundo Templo y la posterior diáspora judía.

Es decir, sin Pablo el cristianismo no habría conquistado el mundo romano, lo que significa que la historia de Occidente habría sido completamente distinta.

---

# XI. TRES HITOS HISTÓRICO DOCTRINALES EVOLUTIVOS

Es fascinante la evolución teológica que refleja la dinámica del pensamiento religioso en distintos momentos del cristianismo primitivo y contemporáneo.

### 1. Los judeocristianos

Los judeocristianos representan una de las primeras corrientes dentro del cristianismo naciente, que intentaban mantener la continuidad con el judaísmo. Para ellos, Jesús era el Mesías prometido, pero su función no implicaba una transformación ontológica de la relación entre Dios y los hombres. Su postura muestra que el cristianismo, en su origen, no se concebía como una ruptura con la Ley mosaica, sino como su cumplimiento. Sin embargo, esta visión quedó en los márgenes de la historia debido a la preeminencia del cristianismo paulino y a la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d.C., que debilitó a las comunidades judías. En cualquier caso, esta comunidad fundante judeocristiana es el mejor testimonio del “Jesús recordado”.

Las creencias de este grupo originario y fundante respecto a la persona de Jesús quedan expuestas en los argumentos de los apologetas de los primeros siglos. Varios autores antiguos mencionan que ciertos grupos judeocristianos primitivos no aceptaban la divinidad de Jesús, viéndolo más como un profeta o el Mesías humano prometido, pero no como Dios encarnado:

**a) Justino Mártir** (siglo II), en su *Diálogo con Trifón*, habla de cristianos que mantenían la Ley mosaica y rechazaban la creencia en la divinidad de Jesús. Los describe como “cristianos que desean observar la Ley, pero que no fuerzan a otros a hacerlo”, reflejando tensiones doctrinales dentro de las primeras comunidades.

**b) Ireneo de Lyon** (siglo II), en *Contra las herejías*, menciona a grupos como los ebionitas, quienes reconocían a Jesús como el Mesías, pero afirmaban que era un hombre común nacido de José y María, rechazando su naturaleza divina.

**c) Orígenes** (siglo III), en *Contra Celso*, también habla de los ebionitas y de cómo veían a Jesús solo como un hombre justo, negando su preexistencia y divinidad.

**d) Eusebio de Cesarea** (siglo IV), en su *Historia Eclesiástica*, describe a los judeocristianos ebionitas, destacando que negaban la concepción virginal de Jesús y rechazaban su naturaleza divina, siguiendo estrictamente la Ley judía.

**e) Epifanio de Salamina** (siglo IV), en su obra *Panarion*, proporciona más detalles sobre las creencias de los ebionitas y otros grupos judeocristianos, afirmando que consideraban a Jesús un profeta humano y no aceptaban su identidad como Hijo de Dios en el sentido trinitario.

### 2. Teología paulina

La teología paulina introduce un giro radical al reinterpretar la figura de Jesús no solo como el Mesías judío, sino como el Hijo de Dios cuya muerte tiene un carácter expiatorio y universal. Pablo, influenciado por categorías grecorromanas, trasciende el marco judío y formula una teología donde la fe en Cristo es el nuevo eje de la salvación, desplazando la observancia de la Ley. Su visión triunfó y se convirtió en la base doctrinal del cristianismo tradicional, marcando la ruptura definitiva con el judaísmo.

El siguiente glosario pone de manifiesto la teología cristológica de Pablo y el significado redentor de la crucifixión de Jesús:

***a) La gracia de Dios.*** Pablo enfatiza repetidamente que la salvación es un regalo de Dios, otorgado por su gracia y no por obras humanas (Rom 3:23-24).

***b) La justificación por la fe***. Pablo enseña que la fe en Jesucristo es el medio por el cual los creyentes son justificados ante Dios. Es decir, la confianza en la obra redentora de Cristo es lo que nos hace justos delante de Dios, no nuestras propias obras. (Rom 5:1).

***c) El papel de cristo como salvador.*** Para Pablo, Jesucristo es el centro de la salvación. Su muerte y resurrección son fundamentales para la reconciliación entre Dios y la humanidad. Cristo es visto como el nuevo Adán, quien restaura lo que fue perdido por el pecado de Adán. (1Cor. 15:45-49).

Además, leyendo las epístolas de Pablo (y de otros autores del NT que siguen su teología) encontramos cuatro conceptos cristológicos directamente relacionados con la muerte en cruz de Jesús:

**La redención:** La redención implica liberar a alguien pagando un precio. En términos cristianos, la redención se refiere a la liberación de la esclavitud del pecado y la muerte a través del sacrificio de Jesucristo en la cruz. Jesús pagó el precio para redimir a la humanidad del poder del pecado y restaurar la comunión con Dios. (Lc. 1,68; Apoc. 5,9).

**La expiación:** La expiación se refiere al acto de reconciliar a la humanidad con Dios a través de la eliminación del pecado. La muerte de Jesús en la cruz se ve como un acto expiatorio que cubre y quita el pecado, permitiendo así la reconciliación entre Dios y la humanidad. (Jn. 1,29; Heb..10,10).

**La justificación:** La justificación implica ser declarado justo ante Dios. En el contexto cristiano, la muerte de Jesús proporciona la base para la justificación de los creyentes. A través de la fe en Jesucristo, los seres humanos son considerados justos delante de Dios, no por sus propios méritos, sino por la obra redentora de Jesús. (Romanos. 3,24; Gál. 2,16).

**La reconciliación:** La reconciliación implica restaurar la relación rota entre Dios y la humanidad. La muerte de Jesús en la cruz se ve como el medio por el cual se logra la reconciliación, permitiendo que los pecadores sean reconciliados con Dios y disfruten de una relación restaurada. (Romanos. 5,10).

Estos términos están interrelacionados y, en conjunto, ofrecen una comprensión teológica completa de la obra redentora del Cristo crucificado. Cada uno destaca diferentes aspectos de cómo la muerte en la cruz de Jesús tiene un impacto salvador en la condición humana, y conllevan inequívocamente la idea de que la humanidad está perdida y condenada.

**3. Nueva lectura teológica**

En la nueva teología, especialmente la desarrollada desde el siglo XX en adelante, la interpretación de la muerte de Jesús en la cruz ha cambiado notablemente, alejándose de las explicaciones tradicionales de expiación penal y castigo divino. En lugar de entender la crucifixión como un sacrificio necesario para apaciguar la ira de Dios, muchos teólogos contemporáneos ven la cruz de Cristo como un acto de solidaridad con el sufrimiento humano, un llamado a la justicia, o una expresión radical del amor de Dios. Aquí están algunos de los enfoques clave:

***a) La Cruz como solidaridad con el sufrimiento humano***

En esta interpretación, la muerte de Jesús se entiende como un acto de solidaridad radical. Teólogos como Jürgen Moltmann, en su obra *El Dios Crucificado*, sostienen que Dios en Cristo asumió el sufrimiento y la muerte para identificarse con la humanidad en sus momentos más oscuros. Moltmann propone que en la cruz, Dios se hace vulnerable y comparte plenamente el dolor humano, mostrándose cercano a quienes sufren. La crucifixión es vista, entonces, no como un acto de castigo, sino como una manifestación de amor solidario y compasión.

***b) La Cruz como símbolo de amor y entrega total***

La nueva teología también enfatiza la cruz como una demostración del amor de Dios por la humanidad. En lugar de ver la cruz como un sacrificio exigido por la justicia divina, se interpreta como un acto voluntario de Jesús para revelar el amor de Dios en su plenitud.

Teólogos como Hans Urs von Balthasar han enfatizado que la cruz es la expresión última del amor trinitario, donde el Hijo, en obediencia y amor, se entrega plenamente al Padre por la humanidad. Esta interpretación subraya que la cruz es el lenguaje del amor divino, un amor tan profundo que se da a sí mismo sin reservas.

***c) La Cruz como liberación y denuncia de la injusticia***

Desde la teología de la liberación, que surgió en América Latina en el siglo XX, la muerte de Jesús en la cruz se interpreta como un acto de resistencia a las estructuras de opresión y una denuncia de la injusticia social. Teólogos como Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff ven en la crucifixión de Jesús una identificación con los pobres y los oprimidos de la historia. La cruz, en este contexto, representa la confrontación de Jesús con el poder político y religioso corrupto que lo llevó a la muerte. Esta interpretación considera la cruz como un llamado a luchar contra la injusticia y a transformar las estructuras sociales que perpetúan el sufrimiento humano.

***d) La Cruz como modelo de No-violencia y perdón radical***

Inspirados en el pacifismo y en la ética del amor al enemigo, algunos teólogos modernos interpretan la cruz como una declaración radical de no-violencia y de perdón. En este enfoque, la muerte de Jesús no se ve como una necesidad para satisfacer la justicia de Dios, sino como un acto radical de perdón hacia sus opresores y una demostración de cómo resistir el mal sin recurrir a la violencia. Teólogos como John Howard Yoder y Stanley Hauerwas sostienen que la cruz enseña el camino del amor y el perdón en un mundo violento, invitando a los creyentes a seguir el ejemplo de Jesús y rechazar la violencia como respuesta al mal.

***e) La Cruz en la Teología Feminista: Redefinición del Sacrificio***

Desde la teología feminista, la cruz se reinterpreta críticamente, ya que la idea del sacrificio redentor ha sido, en ocasiones, utilizada para justificar el sufrimiento y la sumisión, especialmente de las mujeres. Teólogas como Elizabeth A. Johnson y Dorothee Sölle argumentan que el sacrificio de Jesús debe entenderse no como un llamado a soportar pasivamente el dolor, sino como una resistencia activa al mal. En esta visión, la cruz no es una invitación a glorificar el sufrimiento, sino una denuncia de la violencia y una expresión del amor de Dios que empodera a las personas a resistir la opresión y buscar la justicia.

***f) La Cruz como revelación de un Dios vulnerable y compasivo***

La nueva teología tiende a enfatizar que, en la cruz, Dios revela su propia vulnerabilidad y compasión. Este enfoque rechaza la idea de un Dios distante o severo que exige una deuda, y en su lugar, presenta a Dios como un ser compasivo, presente en el dolor humano. La crucifixión, en este sentido, muestra que Dios no es indiferente al sufrimiento, sino que lo experimenta y lo redime desde dentro. Este concepto se encuentra en la teología de Jürgen Moltmann, quien sostiene que, en la cruz, Dios experimenta el dolor y la muerte, revelando así una divinidad que participa en el sufrimiento y la redención de la humanidad.

### *g) La Cruz como llamado a la esperanza y transformación*

Finalmente, en la nueva teología, la cruz se ve como un símbolo de esperanza y transformación, en lugar de un mero sacrificio expiatorio. La crucifixión no es el fin, sino que conduce a la resurrección y a la promesa de una nueva creación. En este enfoque, representado por teólogos como Wolfhart Pannenberg, la cruz y la resurrección son eventos que transforman la historia humana, ofreciendo una visión de esperanza en la que Dios promete la renovación de todas las cosas. Esta interpretación invita a los creyentes a vivir con esperanza y a participar activamente en la renovación del mundo en solidaridad con el sufrimiento y el amor de Cristo.

---

# XII. CUESTIONES FINALES: ANTÍTESIS

## 1. Desglose

### *a) ¿Gran comisión o dinámica de Movimiento?*

La "Gran Comisión" refleja una interpretación posterior del mandato de Jesús a sus discípulos para llevar el mensaje del Evangelio a todas las naciones (Mateo 28:19-20). Es una noción que sugiere una estructura organizada y misionera que impulsa la expansión formal del cristianismo.
Por otro lado, la "dinámica de Movimiento" alude a los inicios del judeocristianismo primitivo, donde la proclamación del Reino de Dios tenía un carácter más espontáneo, basado en redes comunitarias y sin una organización sistemática o jerarquía definida.

### *b) ¿Origen divino, o creatividad humana?*

La perspectiva del "origen divino" sostiene que las doctrinas y textos sagrados del cristianismo son revelaciones directas de Dios, canalizadas a través de profetas y apóstoles.
En contraste, la "creatividad humana" explora cómo las ideas teológicas se fueron configurando mediante procesos culturales, lingüísticos y filosóficos, adaptándose a las necesidades y contextos históricos de las primeras comunidades cristianas.

### *c) ¿Narrativa ontológica, o filosofía especulativa?*

La "narrativa ontológica" entiende las afirmaciones cristológicas (como la naturaleza divina de Jesús) como descripciones de realidades absolutas y esenciales.

Por su parte, la "filosofía especulativa" plantea que muchas de estas ideas fueron construcciones conceptuales desarrolladas a partir de la interacción entre el mensaje cristiano y las corrientes filosóficas grecorromanas, como el estoicismo y el neoplatonismo.

***d) ¿Profeta comprometido, o Hijo de Dios?***

Ver a Jesús como un "profeta comprometido" enfatiza su papel como líder social y religioso, arraigado en las tradiciones proféticas judías, denunciando las injusticias y anunciando la inminencia del Reino de Dios.
La identificación como "Hijo de Dios" refleja una cristología más elevada, desarrollada especialmente por Pablo, que concibe a Jesús como una figura divina, preexistente y central en el plan redentor de Dios.

***e) ¿Muerte expiatoria, o ejecución por sedicioso?***

La "muerte expiatoria" es la interpretación paulina de la crucifixión, viéndola como un sacrificio que redime a la humanidad del pecado.
La "ejecución por sedicioso" remite a una visión histórica-crítica que explica la muerte de Jesús como consecuencia de su desafío a las autoridades político-religiosas, más alineada con su contexto sociopolítico.

***f) ¿Espiritualidad humanizante, o poder esclavizador?***

La "espiritualidad humanizante" destaca la capacidad liberadora del mensaje cristiano primitivo, promoviendo la igualdad, la solidaridad y la transformación interior.
El "poder esclavizador" señala cómo, con el tiempo, ciertas estructuras eclesiásticas institucionalizaron el cristianismo, usándolo como herramienta de control político y social.

---

# CONCLUSIÓN

Llegado al final de este análisis, nos queda preguntarnos si la elección de los Doce apóstoles, tal como lo relatan los Evangelios, y el propósito que implica la “Gran Comisión”, fue un fracaso del mismo Jesús.

¿Cómo es posible que el “Hijo de Dios”, enviado por el Padre, con tan trascendente misión en el mundo, hubiera sido tan poco eficiente en la elección de los que iban a ser comisionado, o la nefasta formación después de casi tres años de ministerio terrenal, enseñándoles en privado lo que enseñaba en parábolas en público?

¿Cómo entender que dichos apóstoles, después de haber sido discipulados por el Jesús resucitado durante 40 días acerca del reino de Dios, y comisionados a predicar dicho reino hasta los confines de la tierra, se quedaran perplejos porque los gentiles también habían creído “para salvación”?

Las incoherencias presentes en los textos neotestamentarios, además del deliberado desprestigio por parte de los seguidores de Pablo contra los discípulos fundantes, muestran un panorama demasiado humano del relato que construyó Saulo de Tarso. Aquella Iglesia de la cual se dijo que el Hades no prevalecería contra ella, al final terminó estigmatizada, perseguida y finiquitada en el tiempo. Prevaleció, sí, la diseñada por Saulo de Tarso, pero a costa de estigmatizar a la Iglesia originara, fundadora y apostólica.

El triunfo del paulinismo configuró una Iglesia, a todas luces más exitosa (al suprimir la Ley), que dio material consistente para formular después Teologías Sistemáticas muy elaboradas, con una cristología en la cual el Carpintero de Nazaret se convirtió en el Dios Hijo, la segunda Persona de una Trinidad desconocida en los primeros años del cristianismo.

¡Y así se escribe la historia!

## BIBLIOGRAFÍA


· Los judeocristianos: testigos olvidados
Jean-Pierre Lémonon (EVD).
· Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo.
Leonardo Boff (Sal Terrae).
· Jesús. Aproximación histórica.
José Antonio Pagola (PPC).
· Jesús, hijo de mujer
John Shelby Spong (Ediciones Martínez Roca. S.A.)
· El Jesús histórico a la luz de la exégesis reciente
Rafael Aguirre
· Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico (Tomo I): Las raíces del problema y la persona.
John P. Meier (EVD).
· La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía.
Fernando Bermejo Rubio (Siglo XXI).

· Jesús. En sus palabras y en su tiempo.
David Flusser (Cristiandad).
· La metáfora del Dios encarnado. Cristología en una época pluralista.
John Hick (Abya Yala).
· Los misterios de Jesús. Origen oculto de la Religión Cristiana.
Timothy Freke & Peter Gandy
· La mesa compartida. Estudios del NT desde las ciencias sociales.
Rafael Aguirre (Sal Terrae).
· Otro cristianismo es posible. Fe en leguaje de modernidad.
Roger Lenaers (Abya Yala).
· Repensar la Cristología
Andrés Torres Queiruga (EVD).
· Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad.
Andrés Torres Queiruga (Trotta).
· Jesús de Nazaret: Su vida, su tiempo y su enseñanza.
Joseph Klausner
· Jesús el judío. Los evangelios leídos por un historiador
Geza Vermes
· Historia Eclesiástica
Eusebio de Cesarea